

PRELUDIOS DE LA PERDIDA DE CALIFORNIA

Frank A. KNAPP, Jr.

EN TODO EL LAPSO QUE MEDIA entre la revolución de Texas y la guerra entre México y los Estados Unidos, el tema que más preocupaba a los mexicanos era la cuestión de Texas, sus múltiples facetas y sus relaciones con los asuntos nacionales y diplomáticos. Si California, la provincia más septentrional de la República, era virtualmente autónoma en cuanto a su administración interna y casi no recibía atención por parte de las autoridades centrales, era un factor prominente, aunque intangible, de la actitud orgullosa y firme de México frente a la independencia de Texas y al proyecto de anexar ese Estado a la República del Norte. Los mexicanos se daban perfecta cuenta de la inmigración norteamericana a California, fomentada por los entusiastas relatos que sobre esa zona publicaba la prensa estadounidense; y se daban cuenta también de los esporádicos esfuerzos que, desde los tiempos de Andrew Jackson, hacían los norteamericanos por comprar total o parcialmente la provincia. Tan peligrosas tendencias parecían confirmar la fundada sospecha de que California sería el primer Estado en que se repetirían los acontecimientos texanos, si acaso sucumbía a la "usurpación pacífica" del Destino Manifiesto.

En la historia local de California durante la década de 1836 a 1846, no hubo acontecimiento que confirmara más esa impresión (justificada luego por las disposiciones territoriales del tratado de Guadalupe Hidalgo) que la abortada ocupación de Monterey, Alta California, en 1842, por el comodoro Thomas ap Catesby Jones. Aunque se ha hablado frecuente y detalladamente de ese acontecimiento, habrá que echar una ojeada al conjunto de los hechos antes de examinar la reacción de México.¹

En la primavera de 1842, el comodoro Jones llegó al Callao (Perú) para hacerse cargo del mando de la escuadra naval estadounidense en el Pacífico. Había recibido órdenes de ocuparse de los intereses comerciales norteamericanos en California, pero no se le había hablado de una posible guerra entre México y los Estados Unidos. Sin embargo, Jones estaba extraordinariamente preocupado por la idea de que una tercera potencia pudiera apoderarse de California. Así, cuando la flota francesa zarpó inesperadamente del Callao en la primavera de 1842, con destino desconocido, Jones pensó, y no con agrado, que el objetivo podía ser un desembarco en las Californias.²

Poco tiempo después, el cónsul norteamericano en Mazatlán, John Parrott, le participó que era probable que estallase una guerra entre México y los Estados Unidos. Junto con el aviso de Parrott iba un ejemplar del periódico *El Cosmopolita* (México) del 4 de junio de 1842, en el cual figuraban dos violentos comentarios de José María Bocanegra, ministro de Relaciones Exteriores y de Gobernación; uno de ellos iba dirigido contra el cuerpo diplomático y el otro contra el secretario de Estado de los Estados Unidos, Daniel Webster.³ En estos documentos Bocanegra acusaba abiertamente a los Estados Unidos de estar tramando, promoviendo y apoyando la independencia de Texas por medio de continuas y evidentes violaciones de la neutralidad.

Además del informe de Parrott, Jones había recibido también un recorte de un periódico de Boston, en el cual se anunciaban los rumores sobre la venta de California a Inglaterra. Y Jones descubrió que la flota británica, anclada entonces en el Callao, se disponía a partir inmediatamente obedeciendo órdenes secretas.⁴ Después de hablar con James Pickett, encargado de negocios de los Estados Unidos en Lima, el cual corroboró las sospechas del Comodoro,⁵ Jones llegó a la conclusión de que los ingleses partían para adueñarse de California. En unas cuantas horas preparó la flota norteamericana para batir a los ingleses; suponía que ya había estallado la guerra entre México y los Estados Unidos.

Uniendo quizá los impulsos patrióticos a la deliciosa idea de convertirse en el héroe conquistador de California, el 19 de

octubre el Comodoro ancló su flota de tres buques de guerra en el puerto de Monterey, y ocupó la ciudad durante unas treinta horas en los dos días subsiguientes. No topó con ninguna resistencia por parte de la guarnición local, que no tenía hombres ni municiones suficientes para defenderse contra ese ataque totalmente inesperado de un enemigo poderoso. Y aunque el nuevo gobernador del departamento, general Manuel Micheltorena, se encontraba justamente en camino a Monterey con una fuerza de cerca de 250 hombres, para sustituir al gobernador Juan Bautista Alvarado, tampoco él habría podido presentar una resistencia eficaz.

No cabe duda de que el comodoro Jones quería creer que la guerra había estallado ya; e insistió en conservar esa ilusión a pesar de las afirmaciones contrarias de los oficiales y residentes de la población, y no obstante que Thomas O. Larkin, conocido comerciante de Monterey, subió a bordo de la capitana el 19 de octubre y sostuvo que no había tal guerra.⁶ Si el Comodoro retiró sus fuerzas en la tarde del 21 de octubre no fué, como afirmaría después el general Micheltorena, por la llegada del batallón mexicano,⁷ sino porque encontró en la ciudad algunos periódicos y cartas comerciales de México y de Mazatlán, fechados después de junio, en que se veía claramente que las relaciones amistosas entre los dos países continuaban intactas.

Jones devolvió entonces a la ciudad su antiguo aspecto, llamó a los funcionarios locales e hizo los honores habituales a la bandera mexicana, que se colocó nuevamente en el viejo castillo del extremo meridional del puerto. Quizá por haber dado Jones órdenes estrictas a sus subordinados antes del desembarco, no ocurrieron desórdenes ni se molestó a los habitantes de la ciudad. Pero el Comodoro no podía borrar el hecho de que, en cuanto alto funcionario de los Estados Unidos, había violado el territorio mexicano; no podía retractar la proclama que hizo circular en Monterey sobre los beneficios permanentes, las libertades personales y otros privilegios de que gozarían los californianos bajo el nuevo régimen norteamericano; y no podía cancelar su firma de ese y otros documentos que expidió en Monterey como "Comandante en jefe de la Expedición Naval y Militar para la Ocupación de

las dos Californias". México interpretó certeramente el texto de la proclama y el título adoptado por Jones como prueba de que el Comodoro había ido a California en una misión de permanente ensanchamiento territorial de la nación del Destino Manifiesto: "Esas barras y estrellas, emblemas infalibles de libertad civil... , ondean ahora triunfalmente ante vuestros ojos, y desde hoy y para siempre os darán protección y seguridad a vosotros, a vuestros hijos y a incontables millares de hombres por nacer."⁸ ¿Era posible que un funcionario hiciera algo así sin autorización, aunque fuera secreta o verbal, de su gobierno?

La reacción de los vecinos de Monterey fué asombrosamente moderada, sin que se notara el menor intento de venganza, y ni siquiera un resentimiento contra los norteamericanos que vivían en la población o contra las fuerzas navales. Sin duda esto se debió en parte a que no ocurrió ningún choque en las horas que duró la ocupación. Con todo, uno de los habitantes de la ciudad escribió que las autoridades mexicanas de Monterey, y principalmente el gobernador Alvarado, se negaron después del suceso a recibir las visitas del comodoro Jones y no hicieron caso de sus gestiones conciliadoras.⁹ A pesar de esto, el acontecimiento afectó muy poco a los californianos. Thomas O. Larkin, que había tratado de disuadir a Jones, dijo que, en contra de lo que había esperado, no se notó después de la ocupación señal alguna de mala voluntad para con los norteamericanos:

En 1842 muchos hombres, tanto nativos como extranjeros, pensaban que la toma de Monterey por el comodoro Jones causaría graves daños a su nación en California y dejaría una mala impresión respecto de nuestro gobierno. Me es grato poder decir que el resultado no fué el esperado; hasta creo que ocurrió todo lo contrario. Unos días después del 20 de octubre de 1842, el comodoro Jones y sus oficiales fueron tratados con notable amabilidad por todos los habitantes. El mismo trato se nos ha seguido dando a mí y a mis compatriotas hasta la fecha.¹⁰

Algo cambió la actitud general en California con la opinión oficial del nuevo gobernador, general Micheltorena. Después de intercambiar varias notas con el comodoro Jones, que mantuvo a la flota en la costa californiana hasta algunas

semanas después del desembarco, el Gobernador decidió finalmente hablar con el oficial norteamericano en su cuartel general de Los Ángeles, los días 19 a 21 de enero. El objeto de la visita era aclarar el incidente de Monterey y conciliar las principales diferencias de opinión. Aunque el encuentro fué amistoso y lleno de ceremonia, el general Micheltorena aprovechó la ocasión para presentar una cuenta por los daños que, según él, había causado la ocupación.

La lista de reclamaciones, que sumaba 15,000 pesos, contenía tres puntos por demás dudosos: 500 uniformes echados a perder en una supuesta marcha forzada de sus tropas para repeler la invasión; la pérdida de un equipo de instrumentos musicales para una banda militar, y daños causados por la inquietud general despertada en todo el departamento. Dudando de la validez de esas reclamaciones, el comodoro Jones se negó a llevarlas a la esfera de las negociaciones diplomáticas para que se juzgaran o satisficieran, pero ofreció mandar a Washington la cuenta de Micheltorena. El general renunció entonces a sus demandas, sin insistir más en ellas, porque de hecho carecían de fundamento.¹¹

AUNQUE FRACASÓ EN SU INTENTO de conseguir dinero, Micheltorena dió a su gobierno cuenta exacta de la verdadera importancia de esa violación del territorio mexicano por un oficial de la armada norteamericana. La codicia de los Estados Unidos, decía, era evidente en una zona “de una importancia cuatro veces Texas y de muchísima más difícil recuperación”; Texas era un precedente y una lección. Micheltorena comparaba su falta absoluta de recursos militares y monetarios con la situación en que se había visto el malaventurado general Manuel Mier y Terán en Texas, y aprovechaba los sucesos de Monterey para pedir al Gobierno que lo ayudara a sostener su frágil régimen local.¹²

En realidad, el general Micheltorena no abrigaba resentimientos contra los norteamericanos de California ni contra la armada de los Estados Unidos, como lo muestra la actitud que luego adoptó en su administración. Cerca de un año después del desembarco de Jones, obsequió en Monterey al comodoro Kearny, del *Constellation*, y, en contra de lo que

era de esperarse, no hizo alusión alguna en su informe oficial a la "visita" anterior.¹³

En la Capital mexicana, la reacción ante la ocupación de Monterey fué muy distinta, y el Departamento de California ocupó de pronto un lugar muy importante en los asuntos nacionales. La actitud oficial fué todo menos paciente. En *El Diario del Gobierno* se publicaron inmediatamente (14 de diciembre de 1842) veintisiete documentos sobre la ocupación, enviados por Micheltorena. Los demás diarios de la Capital no se cansaron de reimprimir esos documentos en los días subsiguientes.

Sintiendo que el honor nacional estaba comprometido, el ministro de Relaciones Exteriores, José María Bocanegra, envió al embajador norteamericano, Waddy Thompson, una larga nota escrita en términos enérgicos, en la cual mostraba su estupor y pedía plena satisfacción, explicación y reparación de los daños causados:

México, pues, ha recibido el mayor ultraje que puede hacerse a una Nación independiente y soberana: . . . su pabellón, por la superioridad de la fuerza invasora, ha sido abatido, humillado, que es la mayor injuria que puede hacerse a las glorias con que supo adquirírselo, y su honor, decoro y dignidad están altamente ofendidos.¹⁴

Entre tanto, Thompson había recibido un comunicado especial del comodoro Jones, en que éste explicaba sus motivos y los hechos relativos a la ocupación.¹⁵ Los acontecimientos resultaban sumamente embarazosos, pues ocurrían en un momento en que el embajador norteamericano se estaba esforzando por reunir las demandas estadounidenses contra México en virtud del Convenio de 1839, y en que los mexicanos estaban más sospechosos que nunca de que los Estados Unidos querían intervenir en el asunto de Texas.

Thompson respondió a Bocanegra disculpándose por el incidente, e insistiendo en que Jones había "actuado exclusivamente por propia responsabilidad y sin orden alguna de su gobierno, ni positiva ni provisional. . ." Al mismo tiempo, Thompson decidió que en esas circunstancias la mejor defensa era el contraataque, y echó sobre Bocanegra la responsabilidad indirecta de la ocupación, debido a "la publicación de

esos durísimos y amenazadores papeles” contra los Estados Unidos, que dieron a Jones razón de creer que había estallado la guerra entre ambos países. Dijo además que el Gobierno mexicano había faltado gravemente a la etiqueta diplomática al publicar los documentos de Micheltorena, sobre todo la carta en la cual el General decía que el Comodoro se había retirado de Monterey por tener miedo:

El general mexicano [Micheltorena] empleó ciertamente las palabras más osadas, aunque hay que descontar el hecho de que las pronunció —si acaso— cinco días después de devuelto el castillo, cuando ya el norteamericano había descubierto y reconocido su error y estaba deseoso de repararlo, y cuando, naturalmente, tenía las manos atadas.¹⁶

Explicando la posición que había adoptado ante su propio gobierno, Thompson hacía notar que nada se ganaba con emplear *any lower tone*, puesto que los mexicanos tratarían de aprovechar el asunto de Monterey para cancelar las reclamaciones norteamericanas contra México.¹⁷

El gobierno mexicano insistió en las demandas hechas a Thompson en la ciudad de México, dando instrucciones al general Juan Almonte, embajador en los Estados Unidos, para que exigiera satisfacción en Washington sobre una base análoga. Rápido y enérgico, Almonte pidió en seguida la destitución y el castigo del comodoro Jones y reclamó una indemnización. En sus perentorias comunicaciones al secretario de Estado Webster, Almonte subrayaba hábilmente el molesto título que Jones se había adjudicado en Monterey:

...Su proclama [de Jones] a los habitantes de California, en la cual les asegura que la bandera de los Estados Unidos protegerá para siempre no sólo a ellos, sino también a las generaciones venideras, y el título de comandante en jefe de la expedición naval y militar para la ocupación de las Californias, con el cual firma sus comunicaciones oficiales, no dejan duda alguna acerca de sus intentos.¹⁸

Las chispas de la indignación no tardaron en extinguirse, pues el gobierno mexicano adoptó muy pronto una actitud tranquila y tolerante frente al suceso. El gobierno de los Estados Unidos presentó oficialmente sus excusas, aseguró que Jones había obrado sin autorización y lo destituyó del coman-

do de la Escuadra del Pacífico. Ya antes de recibir el informe de Jones sobre la ocupación, el presidente John Tyler había mandado sus excusas al gobierno mexicano a través de Thompson.¹⁹ Pero si el Gobierno de México aceptó superficialmente la explicación norteamericana, no recibió ninguna de las "inadmisibles e increíbles excusas" que presentó Jones para atenuar esa violación internacional, la cual seguía siendo "un acto que por su naturaleza y circunstancia demanda la severidad y energía con que el derecho admitido entre las naciones castiga la violación de los tratados y de la fe pública en que descansan".²⁰

En cuanto a las demandas por daños y perjuicios, parece que no tuvieron efecto ni entonces ni más tarde. Quizá el Gobierno presentó oficialmente una cuenta para las indemnizaciones, basada quizá en la redactada por Micheltorena. Es curioso que este asunto saliera a relucir de nuevo unos años más tarde, a fines de 1845, cuando John Slidell esperaba en vano en la ciudad de México que se le reconociera como ministro plenipotenciario de los Estados Unidos ante el gobierno mexicano. En esa época, Slidell pidió a su gobierno instrucciones especiales que fijaran sus facultades para ocuparse de las reclamaciones que el gobierno de México o sus ciudadanos pudieran presentar contra los Estados Unidos. El motivo de esta petición era la demanda que estaba pendiente desde la ocupación de Monterey en 1842:

...En los archivos de la legación [norteamericana] hay constancia de que este gobierno [el de México] reclama reparaciones por los daños que causó la violenta ocupación de Monterey por el comodoro Jones en diciembre [sic] de 1842.²¹

QUIZÁ HAYA QUE CONSIDERAR en parte como reacción tardía del gobierno mexicano ante la ocupación el decreto oficial de julio de 1843, que autorizaba a los gobernadores de Chihuahua, California, Sinaloa y Sonora a expulsar a todos los norteamericanos que residieran en sus Estados. Aunque la orden no se llevó a efecto debido a su arbitrariedad y a las vivas protestas del embajador Waddy Thompson,²² parecía mostrar que el desembarco de Jones en Monterey había intensificado el temor de los mexicanos a los inmigrantes norteamericanos del Pacífico.

En la Capital mexicana, la prensa reflejaba una indignación más profunda, más duradera y de mayor resonancia por el "ultraje" cometido en Monterey. Después de la ocupación, los periódicos dedicaron al tópico de California más espacio del que habían concedido a todos los acontecimientos ocurridos en ese olvidado Estado desde el año de la Independencia. Comenzando con los primeros documentos publicados en *El Diario del Gobierno* el 14 de diciembre de 1842, varios periódicos de la ciudad siguieron imprimiendo o reimprimiendo hasta 1844 voluminosos documentos, correspondencias diplomáticas, cartas y noticias misceláneas sobre el incidente.²³ A menudo se traducían artículos de la prensa norteamericana, principalmente los que censuraban a Jones y al gobierno de Tyler. Además de esos documentos y artículos, se publicaban comentarios editoriales de diverso orden, desde los que pedían la declaración de guerra contra los Estados Unidos hasta los que abogaban por un sereno examen de la situación frente al conjunto de los hechos relativos al incidente.²⁴

La mayoría de los periódicos apoyó en algún momento la firme posición del gobierno mexicano y del embajador Almonte, pero no se aceptaba en general la explicación de que el comodoro Jones había actuado por su cuenta y riesgo. A los periodistas les parecía casi inconcebible que un oficial de alto rango realizara esa empresa sin instrucciones secretas de su gobierno; de ahí, sin duda, las misteriosas interpretaciones del episodio.²⁵ Un famoso historiador mexicano se hizo portavoz de la opinión pública contemporánea cuando dijo que, al alegar el gobierno de los Estados Unidos que las acciones de Jones habían sido de naturaleza ilegal, habían emitido una "afirmación que se hizo increíble, pues no podía concebirse que un jefe de la marina de aquel gobierno, por sí y ante sí, dejase un puerto en que se hallaba de estación [el Callao], para emprender un largo viaje e ir a hostilizar los nuestros..."²⁶

Es muy difícil ilustrar todos los comentarios y el escepticismo de la prensa. Un periódico decía que el desembarco fué "negra traición", relacionaba el asunto con la expedición texana contra Santa Fe y preguntaba: ¿Puede México soportar ese insulto sin declarar la guerra?²⁷ Otro hacía notar el peligro

de que los Estados Unidos siguieran usurpando el territorio mexicano.²⁸ *El Siglo XIX* publicó la carta de un oficial de Micheltorena, el cual también relacionaba la ocupación de Monterey con la cuestión texana. Hablando de los problemas del ejército frente a la amenaza naval yanqui, se lamentaba: “¡Infeliz expedición [la de Micheltorena]! ¡Sin duda le sucederá lo que en Tejas!”²⁹ En su primer informe sobre el suceso, *El Mosquito Mexicano* decía sarcásticamente: “El que sufre mucho prepárase a sufrir más. Copiamos del *Diario del Gobierno* la siguiente relación de la buena fe de nuestros amigos los norteamericanos. . .”³⁰

El más imponente esfuerzo por valorar el verdadero significado de la ocupación fué el realizado por *El Eco de la Justicia*: durante varias semanas imprimió traducciones de una serie de artículos de la *Northampton Gazette* (Massachusetts) que hablaba en parte del desembarco de Jones en Monterey. La *Gazette* era abolicionista y *whig* en su actitud política, y criticaba duramente al gobierno de Tyler; el norteamericano que escribió los artículos acusaba a Jones de ser cómplice del régimen esclavista de Tyler y de tratar de capturar California a fin de ganar territorios para la extensión de la esclavitud. Esta tesis, lógica en un abolicionista del Norte de los Estados Unidos, llegó a tener gran aceptación en México, aplicada a la cuestión de Texas y, en menor medida, a California, y en ella se veía la causa fundamental de la guerra entre México y los Estados Unidos.³¹

La reacción de la prensa ante la ocupación tiene también su aspecto cómico: las invectivas personales contra el Comodoro. Los periódicos apoyaron la demanda de Almonte y exigieron que se destituyera a Jones, se le enjuiciara y se le encarcelara por lo menos “dos o tres años”.³² Se le llamó el “quijote comandante”, y se le acusó de buscar la gloria por medio del oportunismo: “Es preciso compadecer al comodoro Jones. ¡Se había enloquecido el pobrecito! Soñó ser un héroe, y despertó siendo. . . el personaje más ridículo del mundo”.³³ Sin embargo, la prensa mexicana lo apodó de buena fe Comodoro Thomas “Ape” Jones, probablemente por el modo como firmaba sus cartas al general Micheltorena.³⁴ En todo caso, el nombre inglés *ape* no es epíteto halagador cuando se aplica

a un *homo sapiens*; pero parecía expresar sin querer lo que los mexicanos pensaban acerca del Comodoro después de que violó el honor nacional.

EL HISTORIADOR BANCROFT, hablando desde el punto de vista norteamericano, dijo que las acciones de Jones se basaron en un error de buena fe y se realizaron por motivos puramente patrióticos.³⁵ Sin embargo, es igualmente comprensible, desde el punto de vista mexicano, que la ocupación se juzgara como algo más que un mero incidente diplomático de poca monta: era otra prueba irrefutable de que, no porque los yanquis llegaran al río Bravo gracias a la adquisición de Texas, estarían los mexicanos para siempre a salvo del Destino Manifiesto. Un asunto como el del desembarco en Monterey no podía aislarse de los crecientes temores de los mexicanos ante la inmigración norteamericana a California. A su vez, el lento movimiento de los norteamericanos hacia el Pacífico no podía separarse del peligroso precedente potencial, todavía no decidido en Texas en 1842.

Simplificando mucho la cuestión, los mexicanos se preguntaban: ¿Qué cosa sería capaz de saciar el apetito yanqui de más y más territorios? ¿California? ¿Toda la frontera septentrional? ¿Quizá toda la extensión que va desde el Sabinas hasta Tehuantepec? En ese tiempo la respuesta no parecía confinarse a Texas; de modo que Texas en sí misma no era el único tema de la "cuestión de Texas", sino el honor de México, la soberanía territorial indivisible y quizá la supervivencia de México como nación independiente. De ahí que la verdadera importancia de la ocupación de Monterey pueda considerarse parte de un complejo de fricciones que fueron desarrollándose en la década 1836-1846 y que convencieron a los mexicanos de que California sería el primer Estado en que se repetirían al pie de la letra los acontecimientos texanos, si acaso sucumbía a la "usurpación pacífica" del Destino Manifiesto.

NOTAS

¹ El sumario que damos a continuación se basa principalmente en las siguientes fuentes: *Pacific Squadron Letters, 1841-1845* (ms.), *Area Nine*

File, 1842-1845 (ms.), y *Officers, Ships of War, XXXI* (ms.), Naval Section, War Records Branch, The National Archives, Washington, D.C. (citamos con la sigla *AUS*). Los principales documentos mexicanos y norteamericanos se compilaron en el *House Executive Document N^o 166*, 27th Cong., 3d Sess., pp. 1-117. Véase un relato detallado del suceso en Hubert Howe BANCROFT, *History of California*, San Francisco, 1890, t. 4, cap. 12, pp. 298-329. Charles Roberts ANDERSON (ed.), *Journal of a cruise to the Pacific Ocean, 1842-1844, in the Frigate "United States"*, Durham, North Carolina, 1937, también trae valiosos datos contemporáneos al acontecimiento. Además, se han aprovechado, como es natural, los periódicos mexicanos y norteamericanos de la época.

² Carta de Jones a A. P. Upshur (Secretario de Marina), Bahía del Callao, 21 de mayo de 1842 (*Pacific Squadron Letters, 1841-1845*). En realidad, la flota francesa partió para ocupar las Islas Marquesas. Cf. C. R. ANDERSON, *op. cit.*, p. 9.

³ Estas comunicaciones pueden verse en la *Memoria del Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores y Gobernación, 1844*, México, 1844, pp. xlii-xliiii, li (obra que en adelante citamos: *Memoria de Relaciones, 1844*). Este informe abarca el período 1841-1843, pero no se presentó al Congreso hasta enero de 1844.

⁴ Waddy Thompson, embajador de los Estados Unidos en la Capital mexicana, mandó informes análogos, según los cuales México había enviado a Inglaterra un agente que debía hipotecar la Alta California por un préstamo de \$ 15,000,000 (Thompson a Daniel Webster, México, 30 de julio de 1842, en *Dispatches from Mexico* [ms.], XI, *AUS*).

⁵ Tras de hablar con el comodoro Jones, Pickett escribió al secretario de Estado Webster: "Aquí no creemos improbable que los Estados Unidos estén ahora en guerra con México, teniendo en cuenta la circular del Gobierno mexicano y la carta que el ministro [Bocanegra] le dirigió a usted el 31 de mayo, carta escrita para producir ese resultado.—También tendemos a creer que México ha cedido la California a la Gran Bretaña y que esta nación va a tomar en breve posesión de la provincia" (Pickett a Webster, Lima, 6 de septiembre de 1842, en *Dispatches from Peru* [ms.], VI, *AUS*). Uno de los oficiales de la escuadra del Pacífico escribió que el comodoro Jones había estado con el almirante británico Thomas en el Callao poco antes de que partiera la flota inglesa. Entonces fué cuando Jones se enteró de la misión secreta de los ingleses; "*I'll be there before you*, dice nuestro Comodoro [al almirante Thomas]. Corre apresurado a Lima, consulta con el señor Pickett, nuestro encargado de negocios, y rodeándose del mismo misterio que había empleado el almirante Thomas, en menos de cuarenta y ocho horas después de salir éste, nuestra escuadra se había lanzado al mar..." (*Daily National Intelligencer*, Washington, D.C., 16 de enero de 1843).

⁶ Jones a Upshur, Bahía de Monterey, 24 de octubre de 1842 (*Pacific Squadron Letters, 1841-1845*). Larkin fué nombrado más tarde cónsul en Monterey: único cónsul norteamericano que llegó a tener California en la era de la soberanía mexicana.—En su comentario a la traducción de un

artículo de periódico estadounidense, observa un editorialista mexicano: "Cuánta obstinación en querer que hubiera una guerra que sólo existía en la cabeza y corazón del que la deseaba [es decir, Jones], mientras consideró que podía lograr su intento sin correr peligros..." (*El Eco de la Justicia*, 3 de noviembre de 1843).

⁷ Micheltorena acusó a Jones de haber retrocedido ante su avance hacia Monterey, y lo hizo en una carta que no llegó a enviarse al Comodoro (Micheltorena a Jones, San Fernando, 26 de octubre, 1842, en *El Eco de la Justicia*, 23 de diciembre de 1842). En realidad, Micheltorena y sus fuerzas se volvieron a Los Ángeles en cuanto recibieron el comunicado especial en que el gobernador Alvarado informaba acerca del desembarco (carta sin firma de un oficial de Micheltorena al Sr. D. N., Los Ángeles, 19 de noviembre de 1842, en *El Siglo XIX*, 30 de diciembre de 1842).

⁸ Comodoro Thomas ap Catesby Jones, "Proclamation to the inhabitants of the two Californias", Bahía de Monterey, 19 de octubre, 1842 (*Pacific Squadron Letters, 1841-1845*).

⁹ Carta anónima y sin fecha a los editores de *El Siglo*, escrita en Monterey (*El Siglo XIX*, 27 de diciembre de 1842).

¹⁰ Larkin al Secretario de Estado (Monterey, 16 de abril de 1844), en *Consular Dispatches, Monterey, 1837-1848* (ms.), AUS.

¹¹ En *El Eco de la Justicia*, 24 de febrero de 1843, podrán encontrarse todos los documentos que Micheltorena envió a su gobierno acerca de la entrevista, y entre ellos el arreglo redactado por él mismo. Jones describió la entrevista en una carta a Upshur (Off Cape San Lucas, 28 de enero de 1843), donde incluye una traducción del arreglo de Micheltorena (*Pacific Squadron Letters, 1841-1845*). Véase también Louis N. FEIPEL, "The United States Navy in Mexico 1821-1914", en *United States Naval Institute Proceedings*, 41 (enero-febrero de 1915), pp. 48-49.

¹² Micheltorena al Ministro de Guerra y Marina (Los Ángeles, 21 de enero de 1843), *apud* Vargas REA (ed.), *Correspondencia sobre las Californias e invasión del puerto de Monterrey por el comodoro norteamericano Thomas Ape* [sic] Jones, 1843, México, 1944, pp. 11-21 (*Papeles de Californias*, núm. 6). Es interesante comparar con esto el primer comunicado de Waddy Thompson a Washington después de su llegada a México como embajador de los Estados Unidos: "En cuanto a Texas, me parece que tiene escaso valor junto a California, la región más rica, más hermosa y más saludable del mundo. Nuestro dominio de la costa atlántica nos asegura el influjo comercial por ese lado; la adquisición de la Alta California nos permitiría tener el mismo influjo en el Pacífico" (Thompson a Webster, México, 28 de abril de 1842, en *Dispatches from Mexico*, XI, AUS). Véase también la carta de Micheltorena a José María Tornel (Monterey, noviembre de 1842), en *House Executive Document* Nº 166, p. 20.

¹³ Micheltorena al Secretario de Guerra y Marina (Monterey, 20 de octubre de 1843), en *El Eco de la Justicia*, 24 de noviembre de 1843.

¹⁴ Bocanegra a Thompson (México, 19 de diciembre de 1842), en *Memoria de Relaciones, 1844*, p. lxxxviii.

15 *Ibid.*, pp. lxxi-lxxii; *House Executive Document N^o 166*, p. 15.

16 Thompson a Bocanegra (México, 27 de diciembre de 1842), en *House Executive Document N^o 166*, pp. 12-14. La versión española se encuentra en la *Memoria de Relaciones, 1844*, pp. lxxxix-lxli.

17 Thompson a Webster (México, 28 de diciembre de 1842), en *Dispatches from Mexico*, XI, *AUS*.

18 Almonte a Webster (Washington, 7 de febrero de 1843), en *House Executive Document N^o 166*, pp. 7-8. Véanse *ibid.*, pp. 3-6, otras cartas cruzadas entre Webster y Almonte; y cf. *Memoria de Relaciones, 1844*, pp. lxxv-lxxvi.

19 Webster a Thompson (Washington, 17 de enero de 1843), en *House Executive Document N^o 166*, p. 3. El ex presidente John Quincy Adams, del House Foreign Affairs Committee, había iniciado esa medida al pedir la correspondencia relativa a la ocupación. La carta del presidente Tyler explicaba que el comodoro Jones había actuado sin "órdenes ni instrucciones de ningún tipo", y observaba que había sido destituido de su comando (John Tyler a la Cámara de Diputados, 18 de febrero de 1843, *ibid.*, p. 1). Sobre las medidas tomadas por el Congreso en este asunto, véase el *Daily National Intelligencer*, 2, 3 y 10 de febrero de 1843.

20 *Memoria de Relaciones, 1844*, p. 11. Después de olvidado el asunto de Monterey, el presidente Tyler recomendaba a Jones diciendo que su conducta se regía por "elevados principios de deber" (ANDERSON, *op. cit.*, Appendix B, p. 101). Véase también una carta de Jones a Larkin (escrita "cerca de Washington", 30 de julio de 1845), *apud* George P. HAMMOND (ed.), *The Larkin papers*, Berkeley y Los Ángeles, 1951-1952, t. 3, p. 286; BANCROFT, *op. cit.*, t. 4, p. 328 y nota. Se apaciguó al gobierno mexicano y a la prensa de México haciéndoles creer que Jones sería juzgado públicamente y castigado con rigor; es evidente que ni el uno ni la otra se dieron cuenta de que casi tres años después Jones vivía tranquilo y honrado.

21 John Slidell a James Buchanan (México, 29 de diciembre de 1845), en *Dispatches from Mexico*, XII, *AUS*.

22 Waddy THOMPSON, *Recollections of Mexico*, Nueva York y Londres, 1846, p. 227; Wilson Shannon a John C. Calhouñ (28 de octubre de 1844) y el documento núm. 7 adjunto a la carta, en *Dispatches from Mexico*, XII, *AUS*. Véase también *El Siglo XIX*, 20 de febrero de 1844 (artículo traducido de *L'Abeille* de Nueva Orleáns).

23 Así, los 27 documentos originales enviados por Micheltorena fueron reimpresos en *El Siglo XIX*, 20 y 21 de diciembre de 1842, y en *El Eco de la Justicia*, 20 y 23 de diciembre de 1842.

24 La anterior afirmación se basa en un examen de los periódicos mexicanos contemporáneos. Véanse, por ejemplo, *El Mosquito Mexicano*, 16 de diciembre de 1842; *La Hesperia*, 11 de enero y 8 de abril de 1843; *El Eco de la Justicia*, 23 de diciembre de 1842.

25 *El Eco de la Justicia* opinaba que Jones tenía "instrucciones verbales" secretas de ocupar Monterey (3 de noviembre de 1843). Véase también BANCROFT, *op. cit.*, t. 4, p. 329.

26 Enrique OLAVARRÍA Y FERRARI, *México independiente*, en *México a través de los siglos*, 1ª ed., t. 4, p. 494.

27 *El Mosquito Mexicano*, 16 de diciembre de 1842.

28 *El Eco de la Justicia*, 23 de diciembre de 1842.

29 *El Siglo XIX*, 30 de diciembre de 1842.

30 *El Mosquito Mexicano*, 30 de diciembre de 1842.

31 *El Eco de la Justicia*, principalmente del 29 de septiembre, 3, 6 y 10 de octubre, 14, 17 y 21 de noviembre de 1843. Los escritores abolicionistas norteamericanos hicieron que la tesis de una expansión de la esclavitud en Texas y hacia el Pacífico arraigara en el espíritu de los mexicanos. *El Eco de la Justicia* del 3 de octubre decía que los propietarios, negociantes y "criadores" de esclavos del Sur codiciaban California "como un segundo paraíso ¡que aun a Tejas superaba!"

32 *Ibid.*, 3 de octubre de 1843 (reimpresión de un artículo del *Noticiero de Ambos Mundos*); *La Hesperia*, 17 de diciembre de 1843.

33 Nota editorial a un artículo reimpreso en *El Eco de la Justicia*, 7 de noviembre de 1843.

34 El título de la reciente publicación *Correspondencia sobre las Californias...* (cf. *supra*, nota 12) ilustra la persistencia del error. Véase también BANCROFT, *op. cit.*, t. 4, pp. 324-325, nota.

35 BANCROFT, *op. cit.*, t. 4, pp. 324-327 y 329.